

## ¿QUÉ ES LA GEOGRAFÍA HUMANA?

Por PIERRE DEFFONTAINES \*

Permitidme, ante todo, que me detenga algunos instantes en la expresión misma de Geografía Humana. Ninguna otra ciencia se ha conquistado un adjetivo tan audaz; no hay, incluso, historia humana, aunque exista, por otra parte, una historia natural.

El objeto que persigue esta rama de la ciencia geográfica la hace merecedora de este privilegio. Busca lo que el hombre ha añadido al paisaje de la Tierra, estudia al hombre como fabricante de paisajes, como transformador de la fisonomía terrestre.

Jean Brunhes solía decir: La Geografía Humana se resume en una sustracción. Suponed por un lado el globo antes de la aparición del hombre; por el otro, el globo actual con todo su *maquillaje* humano, con todo lo que lleva de arreglos, de esfuerzos humanos; la diferencia entre estos dos mundos será considerable, y precisamente esta diferencia, esta sustracción constituye el dominio de la Geografía Humana.

La marca del hombre sobre el suelo se ha extendido más o menos a todos los elementos: muy pocos paisajes han permanecido naturales y protegidos de la toma de posesión del hombre. No hay ya casi selvas verdaderamente vírgenes, donde el hombre no haya paseado el arma terrible, propiamente humana, del fuego, donde no haya pasado en busca de la cosecha de frutos o la caza de animales. Del mismo modo, los desiertos han sido sembrados con puntos de agua, ha introducido allí árboles y animales como el camello y la palmera datilera, tan maravillosamente adaptados que los creemos naturales: son, sin embargo, de introducción humana. El mismo elemento líquido, para el cual el hombre no estaba preparado, ha sido conquistado por él al punto de convertirse en la principal zona de transporte, hasta que el elemento gaseoso sea, a su vez, dominado para la circulación. Pronto el suelo continental se encontrará libre de la mayor parte de la servidumbre del transporte, el cual será así trasladado al elemento líquido o gaseoso.

---

\* Conferencia pronunciada por el autor en San Pablo, durante su última estada en Brasil. Traducción del francés por el Prof. Mariano Zamorano.

El paisaje es principalmente una obra humana, es el resultado de los esfuerzos de aquellos a quienes se llama campesinos, que son, por excelencia, los hombres de un paisaje, y que han dado a cada región, progresivamente, un nombre de país que, en realidad, no es sino un nombre de paisaje.

La Geografía Humana es, pues, esencialmente el estudio de la prueba del hombre sobre la Tierra, ciencia de las manifestaciones visuales y tangibles sembradas por la caravana humana, que prosigue su desfile inintermitido desde hace tantos siglos sobre la superficie del globo. Se comprende por qué ella se ha atrevido a atribuirse ese grandioso calificativo de humana.

Ha podido parecer a algunos que el hombre estaba singularmente sometido a la naturaleza, que su obra era sobre todo una obra de adaptación, y ésta es toda la cuestión del determinismo geográfico. La Geografía estaría únicamente encargada, se dice, de testimoniar esta ligazón del hombre y de la naturaleza. Sin embargo, hay que reconocer que lo que asombra en la obra geográfica de los hombres y en su repartición, no son tanto las sumisiones, las adaptaciones a una naturaleza hostil, como las oposiciones, casi los contrasentidos y, a veces, incluso las paradojas. Las densidades del poblamiento no se explican solamente por los grados de fertilidad del suelo, o las ventajas del clima, o del sitio. ¡Cuántas ciudades están mal emplazadas, cuántos puertos son artificiales, cuántas formas de casas no se explican directamente por el medio! La Geografía Humana, si así puede decirse, está llena del escándalo del hombre y es esto mismo, sin duda, lo que distingue la geografía de la especie humana de la de otras especies animales, geografía de las abejas, castores u hormigas, que tienen sus ciudades, sus casas, sus caminos; pero que, no teniendo el pensamiento, están estrechamente sometidas a la naturaleza.

Con el hombre ha llegado a la Tierra el pensamiento y, como lo ha escrito Pierre Termier, el suceso más grande en la historia física de la Tierra, no es tal plegamiento de montaña, por más grande que sea, tal invasión marina, sino la llegada al globo de una esfera nueva, distinta de la pirofera, la hidrosfera, la atmósfera o la litosfera, y que podría llamarse la esfera pensante.

Cómo no estar asombrado, ante todo, de la ubicuidad del hombre: no hay especie animal tan universalmente expandida. El hombre ha ocupado casi completamente su jaula terrestre; no hay sino una gran masa continental que aún se le escapa: el continente antártico.

El primer capítulo de la Geografía Humana estudia la masa de los hombres y su repartición, lo que podría llamarse el efectivo humano. El grupo humano alcanza a sobrepasar, desde hace algunos años solamente, la cifra de dos mil millones. ¿Dónde están esos dos mil millones de hombres?

Extraña repartición: alrededor de mil millones habitan en el Asia del sudeste, Japón, China, Indochina, India; más de quinientos millones se concentran en la Europa del norte y del oeste. De esta manera, las tres cuartas partes de los hombres viven sobre menos de un octavo de las tierras. Problema de su repartición, problema también de su crecimiento. La humanidad ciertamente no sobrepasaba los mil millones en 1800. El siglo XIX se ha señalado por un formidable crecimiento humano y es quizás ésta su principal característica en la historia de los siglos.

Este efectivo humano se marca visualmente en la superficie de la Tierra, menos por el hormiguelo de los hombres que por los hechos de habitat. Es la casa la que revela al hombre; su primera señal sobre el suelo es una habitación. Uno de los más importantes capítulos de la Geografía Humana es precisamente el que trata de la habitación. La obra de la casa sobre el globo es una de las más conmovedoras para descubrir; asombra la maravillosa fertilidad de la ingeniosidad humana ante el problema del alojamiento. Ninguna colección más espléndida que la que recogiera simplemente los tipos de habitación. Los hombres no solamente se han ocupado en alojarse ellos mismos, sino que han construído edificios para sus muertos e incluso, a veces, las casas de los muertos son mucho más importantes que las de los vivos. ¡Cuántas civilizaciones no nos son conocidas sino por el habitat funerario, por sus ciudades de muertos!

Los hombres han construído además otras casas, más magníficas todavía, para un personaje extraterrenal: la divinidad. Casi todas las civilizaciones tienen su templo y el esfuerzo constructivo más grande de los hombres ha sido hecho para una potencia que no es de este mundo. ¡Cuántas aglomeraciones se agrupan así alrededor de un edificio sagrado que sirve de núcleo!

La habitación debe ser estudiada con relación a su emplazamiento y a su repartición, y se abordarán así las formas de poblamiento, el poblamiento rural en primer lugar; lo que hemos llamado, con Jean Brunhes, el plan-tío fundamental del poblamiento. Ora pueblos alargados, alineados a lo largo del camino o del río; ora pueblos nucleares, organizados alrededor de una plaza central, como en ciertos países eslavos; o simplemente encaramados en lo alto de una acrópolis montañosa, con calles vertiginosas y tan estrechas que las casas a veces las cubren, como se encuentra frecuentemente en la zona mediterránea; o bien todavía, pueblos en damero, testigos de una colonización reglamentada, como en Brasil. Pero, por otro lado, encontramos un inmenso dominio variado de los poblamientos dispersados: casas totalmente aisladas en medio de su dominio, de una sola pieza como las *fazendas*; o pequeñas aldeas minúsculas nacidas a menudo de un tronco familiar y que dirigen un conjunto de campos en vías de parcelamiento. A menudo,

el tipo de poblamiento rural está íntimamente ligado a las divisiones del campo y no se puede comprender el pueblo sin asociarlo directamente a sus campos, a su catastro. En general, cuanto más dispersada es la casa, más agrupado es el campo y cuanto más agrupada es la casa, más dispersado es el campo; pero tal regla no se presenta sin múltiples excepciones. A menudo el poblamiento de un país no se ha efectuado de una sola vez y por un solo sistema, se ha cumplido por etapas; un poblamiento primario que haya marcado una primera ocupación del país, todavía floja; más tarde, entre las mallas de estos primeros habitantes se han fijado otros colonos y se tiene así para cada país, es decir unidad de paisaje, una fórmula de poblamiento más o menos compleja.

El tipo de poblamiento más agrupado es el de las ciudades, en las cuales la densidad de los hombres alcanza a veces cifras asombrosas e inquietantes: más de la mitad de la población de un inmenso país como Australia está contenida en cuatro ciudades. Pero previamente, ¿qué es una ciudad? Es muy difícil dar una definición de ella; no puede ser una simple cuestión de cifras, demasiado arbitraria. A nuestro modo de ver, hay ciudad toda vez que la mayoría de los habitantes emplea la mayoría de su tiempo en el interior de la aglomeración; de ahí la intensidad de la circulación, la organización de la calle con su acera, el alumbrado nocturno, los tranvías y el subterráneo; de ahí también la multiplicidad de edificios, porque no solamente hay casas de familia sino también negocios.

Los hombres no se han limitado sobre el globo a poblarlo, a llenar la tierra de casas y de aglomeraciones, ocupaciones improductivas, estáticas. También han explotado los elementos, luchado contra ellos para sacar partido, y aquí comienza otra geografía esencialmente dinámica, que testimonia la gran batalla de la humanidad contra la naturaleza hostil, la más noble de las guerras, la que relata el sometimiento progresivo de los diversos elementos. Se enseñan quizá demasiado exclusivamente las luchas que los hombres han llevado los unos contra los otros, luchas fratricidas llenas de egoísmo y de ambición. La historia más bella es la del largo combate que la caravana humana lleva contra el medio físico, en la cual las generaciones aportan cada una su ayuda, combate lleno de fraternidades anónimas, de acercamientos o de sometimientos desconocidos.

Cada elemento tiene derecho a su capítulo y se verá sucesivamente:

- Los hombres y el clima
- Los hombres y el mar
- Los hombres y los ríos
- Los hombres y las montañas
- Los hombres y las selvas.

El avance humano no es en todas partes idéntico en este gran frente de combate de la naturaleza: hay puntas, hay golfos. Uno de los elementos que la humanidad ha sometido y dominado mejor es el mundo vegetal y, sobre todo, la selva. Ella ha cedido su suelo para el cultivo de las plantas elegidas por los hombres y agrupadas en esos extraños cuadrados que se llaman campos, y la primera agricultura ha sido casi en todas partes una agricultura silvestre; ella ha proporcionado con sus frutos un maná alimenticio que han utilizado tantas civilizaciones recolectoras. El árbol ha dado también la potencia extraordinaria del fuego: el único combustible durante siglos ha sido la leña. La selva, que ha proporcionado al hombre la energía del fuego y permitido la lucha contra el frío, le ha facilitado también la toma de posesión de otro elemento: el agua. La madera poseía esa maravillosa cualidad de ser sólida y, sin embargo, más liviana que el agua. Debemos a la selva a la vez la conquista del agua y la del fuego, los dos enemigos. Le debemos también tantas construcciones, casas, coches, tantas industrias, papel, textiles artificiales, y pronto, quizás, un carburante. Sin la selva, la tierra sería casi inhabitable para los hombres. La victoria humana ha sido casi demasiado grande. El hombre ha reducido el tapiz forestal en tales proporciones que hoy la mayoría de los países deben ocuparse en reforestar.

Por el contrario, los esfuerzos del hombre para dominar los elementos del clima han quedado aún casi nulos. No hemos dominado ninguna de las potencias de la temperatura; nuestros cultivos sufren las variaciones del frío o del calor sin que sepamos defenderlos. El hombre tampoco utiliza directamente las calorías del sol, fuente, sin embargo, de toda energía sobre el globo. Como en los tiempos prehistóricos, sabemos solamente calentarnos al sol. Acabamos, sin embargo, de realizar un gran progreso en la lucha contra la oscuridad, ese gran terror de los hombres: la multiplicación de los medios de luz es uno de los hechos recientes más importantes en la lucha de los hombres contra los elementos. Singularmente en Brasil, la luz ha sido prodigada, las calles poseen alumbrado antes de tener casas, y uno de los calificativos más honrosos para una ciudad es ser declarada *bem iluminada*.

Sólo ahora comenzamos la conquista del aire; la navegación aérea marca cada año nuevas etapas. Sería falso, por otra parte, atribuir sus progresos solamente a cuestiones técnicas de motor o de construcción; quizás el avance más importante consiste en nuestro mejor conocimiento de los fenómenos atmosféricos. Levantamos ahora diariamente vastas cartas del aire, que permiten dictar las leyes meteorológicas y prever. En América del Sur, muy pronto un entendimiento entre los servicios meteorológicos de diferentes estados, permitirá levantar la carta del cielo de todo el continente y es el

servicio meteorológico de Río de Janeiro el que ha sido elegido como centro del cielo americano para recibir las noticias y agrupar las informaciones.

El hombre y el mar. ¡Historia muy antigua! Primeramente el hombre estuvo en lucha con el litoral, esa zona inestable que ha buscado convertir en fija a pesar de la potencia de los elementos. Los holandeses son maestros consumados en esta lucha contra las aguas. Aquí mismo, la *baixada fluminense* ha sido el teatro de una lucha obstinada entre el hombre y las aguas, con alternativas de avance y retroceso. El mar no era un enemigo; se convirtió rápidamente en amigo. Contenía inagotables recursos alimenticios librados al primer ocupante y que constituyen un inmenso y precioso alimento para las gentes humildes no propietarias. Ofrecía, además, una vasta superficie plana, liberada de obstáculos, que une más que separa a los países: bastaba solamente con poder flotar. La madera sirvió de aliada al hombre. Una vez descubierta la embarcación, fué necesario orientarse, difícil problema de longitudes y latitudes. En nuestros días, el mar está a punto de darnos nuevas fuerzas, sea por la utilización de las mareas en estaciones maremotrices, sea por la utilización de las diferencias de temperatura de las aguas (procedimientos de Georges Claude).

Los hombres habían hecho su aprendizaje del elemento líquido a lo largo de los ríos. A menudo se ha dicho que los ríos han sido los primeros caminos y los valles las primitivas zonas de poblamiento. Sin embargo, en la mayoría de los casos, sólo después de un largo proceso y un difícil aprendizaje ha conquistado el hombre los ríos. Por otra parte, cada uno, con su régimen muy particular, ha reclamado un tratamiento especial: aquí un dique de protección contra las inundaciones, en otro lado simples fijaciones del lecho, a menudo también aceptación de la inundación con sus riesgos y sus beneficios. Tantos ríos, tantas tácticas del hombre, algunas, por otra parte, poco legítimas. Sucede a veces, en efecto, que los hombres sobrepasan los límites de su poder o se engañan sobre sus posibilidades; otras veces, por el contrario, han comenzado apenas un dominio fácil que los libraría de graves peligros.

La tercera gran división de la Geografía Humana comprende el estudio de los géneros de vida. En todos los países en que se han expandido, en medio de todas las batallas que han emprendido, los hombres llevan vidas muy diferentes. Difieren sobre todo por su régimen de trabajo. La principal diferenciación entre los hombres reside en su organización del trabajo. La vida reposa sobre el trabajo. Lo que hace vivir a las masas humanas es menos la densidad de las riquezas que la densidad del trabajo. De ahí la importancia de la búsqueda, en cada país, de horizontes de trabajo. Establecer la serie de las ocupaciones del año, lo que podría llamarse "los

trabajos y los días", es una búsqueda primordial para el geógrafo. Las gentes humildes, sobre todo, que hacen el número, están aferradas al trabajo; la desocupación o las crisis, las afectan y las desarraigan.

La Geografía Humana tendrá una atención y una particular simpatía por estas gentes humildes, que forman la densidad de los países, que sufren las fluctuaciones, y cuyos cambios, a menudo bruscos, determinan la mayoría de los nuevos ciclos económicos. Sobre ellos pesan esencialmente las consecuencias de la superpoblación, de los paros, de las emigraciones de masas, definitivas o temporarias. Son ellos los que practican esa especie de desenvolvimiento especial que trae el descubrimiento de una infinidad de pequeños oficios de complemento, buhonería o artesanado, que han sido el origen de muchas de las grandes industrias. 1

Será también necesario dedicar una parte muy importante al régimen de alimentación: horario y, sobre todo, cantidad. Se ha dicho que la mayoría de los hombres están *subalimentados*; se conciben las consecuencias económicas de un régimen semejante. El lugar que la alimentación ocupa en el trabajo de los hombres es singularmente variable; para muchos pueblos está allí el mayor esfuerzo, casi único a veces. Esta alimentación raramente es regular; en muchas regiones cambia según las estaciones, si bien en nuestros días los progresos de la industria de las conservas, la extensión de las zonas de frutas tempraneras o la utilización de las estaciones opuestas de los dos hemisferios, permiten una uniformidad cada vez mayor del ciclo alimenticio anual.

Por la geografía de la alimentación se penetra ya en la geografía de la explotación, que se separa a menudo en una rama especial denominada Geografía Económica. Ella comprende una geografía de los productos alimenticios, una geografía de las materias textiles, una geografía de los metales. Comprende, sobre todo, una geografía de la energía que el hombre ha dominado para facilitar su explotación de la Tierra. Al principio, él no tuvo a su disposición más que sus propias fuerzas musculares, y todo el sentido del progreso material consistió en descargar al hombre de su labor física. Para aliviar su trabajo, se sirvió, alternadamente o al mismo tiempo, de los elementos más diversos: músculos de los animales domésticos, para el transporte, la tracción o aun como motor. ¿No se veían hace poco tiempo todavía los malacates movidos por distintos animales? El viento fué utilizado también por las velas de los barcos y por los molinos de viento de innumerables usos. Estos últimos pronto fueron sustituidos por los molinos de agua, que utilizaban la fuerza de las aguas corrientes. La madera, sobre todo, ha sido durante siglos el gran combustible que hizo marchar las primeras fábricas, a tal punto que la industria de los siglos XVII y XVIII se fija a

menudo en las zonas forestales, de la misma manera que nuestra industria actual busca la vecindad de las minas de hulla. Las selvas estaban a punto de sucumbir bajo el peso de la gran industria naciente, en el momento en que, por una feliz coincidencia, la hulla sustituyó a la madera en las fraguas. El siglo XIX fué marcado por el reinado omnipotente de la energía hullera.

Pero he aquí que en nuestros días la servidumbre de la energía, después de haber pasado de las selvas de la superficie a las selvas enterradas de las minas, se desplaza de nuevo hacia los campos inestables y a menudo efímeros de los aceites y petróleos minerales. La maravillosa transformación en fuerza eléctrica, tan fácilmente transportable, de las caídas de agua, marca una nueva etapa en esta geografía de la energía y estamos muy cerca de otros manantiales de fuerzas: utilización de las calorías marinas y quizás un día avasallamiento de las energías atómicas.

La Geografía Humana testimonia la grandeza de la obra humana; tantos esfuerzos y trabajos de los hombres están inscriptos en los paisajes. Se desprende de esta visión geográfica del globo una emoción profunda; pero también un orgullo del hombre. Nuestra Tierra está ya singularmente humanizada.

Sin embargo, en otro sentido, la Geografía Humana constata también que los hombres han dominado poco todavía a ciertos elementos. Entre las riquezas vegetales naturales, que sobrepasan el millón, la agricultura no emplea aún sino algunos cientos de plantas. En muchos aspectos, la humanidad parece todavía en principio de ocupación, su trabajo es apenas más visible que el de una tribu de hormigas. ¿Qué es un túnel comparado con una montaña?

┌ Así, la Geografía enseña en cierto modo una moral. Traduce a la vez la grandeza y la pequeñez del hombre, y reúne el dilema de Pascal. Enseña además una moral de responsabilidad. Cada generación ha inscripto sobre la Tierra su obra geográfica, obra de ordenamiento, de progreso. El hombre es, en cierto modo, responsable de la Tierra: no debe degradarla. Cada uno de nosotros trabaja para que esta Tierra sea menos áspera, más humana. Por eso, en definitiva, la Geografía Humana enseña una moral de fraternidad, y en ello reside su grandeza. ┘